

El mayor acto terrorista en la historia humana

Autor beu
jueves, 04 de agosto de 2005

Lisandro Otero Rebelión

60 Aniversario del bombardeo nuclear norteamericano

El próximo seis de agosto (2005.08.06) se cumplirán sesenta años del mayor acto terrorista jamás cometido en la historia humana. Ese día el avión Enola Gay volaba sobre los cielos del Japón. A las ocho y dieciséis minutos de la mañana el comandante Paul Tibbets tiró de la palanca que dejó caer un voluminoso artefacto en la ciudad sobre la que volaban. Cuarenta y cinco segundos más tarde, cuando el ingenio se hallaba aún a 600 metros de la tierra, se produjo una horrrisona explosión, un relámpago intenso y cegador se esparció a 1200 kilómetros por hora y una ola de presión devastadora derribó edificios como si fueran de papel; la temperatura ambiente se elevó, en segundos, a quince millones de grados centígrados; una nube de humo rojizo en forma de hongo se alzó sobre la ciudad. En ese brevísimo lapso ciento diez mil personas perecieron y otras ciento noventa mil quedaron heridas, con graves quemaduras o con mutilaciones deformantes de su cuerpo. La ciudad de Hiroshima había dejado de existir. Se iniciaba la era atómica.

Aún se discute la procedencia de ese acto de barbarie que algunos disfrazaron como una necesidad militar. El presidente Harry Truman, quien tomó la decisión final aconsejado por el Estado Mayor del Pentágono alegó, entonces, que con esa demostración de fuerza se evitaba el asalto final contra las islas japonesas para culminar el conflicto armado en el Pacífico, uno de los escenarios de la Segunda Guerra Mundial. Los analistas de la Casa Blanca dijeron entonces que con esas 200 mil vidas japonesas se había ahorrado un millón de vidas norteamericanas, que es lo que habría costado la invasión a Japón. Son muchos los que difieren de ese estimado. Japón estaba prácticamente derrotado. Alemania, su socio en el eje geopolítico, había capitulado. Las Filipinas, Iwo Jima y Okinawa habían caído bajo control norteamericano, Tokio estaba siendo bombardeado, la flota imperial había sido destrozada en la batalla de Midway y resultaba poco menos que inoperante. Era cuestión de tiempo la rendición del Mikado.

Desde que en 1942 el Presidente Roosevelt autorizó la puesta en práctica del proyecto Manhattan los científicos que experimentaban con la fisión nuclear habían advertido de las terribles consecuencias destructivas que ello pudiera tener para la humanidad. El 3 de mayo de 1945, Robert Oppenheimer, el principal investigador del esquema atómico había declarado en nombre de sus compañeros de laboratorio: ¿No nos responsabilizamos con la solución de problemas políticos, sociales y militares planteados a partir de la energía atómica?. El propio Albert Einstein, quien había advertido a Roosevelt sobre las posibilidades que se abrían, también llamó la atención del ejecutivo estadounidense de la necesidad de administrar cautelosamente el poder del átomo desencadenado.

Los Estados Unidos y sus socios británicos ya habían perdido la sensibilidad ante esta destrucción masiva de vidas humanas. Los bombardeos a la ciudad alemana de Dresde, en febrero de 1945 habían causado 245 mil muertos en dos días de martilleo incesante de la aviación aliada. Una guerra que había causado veinte millones de muertos rusos, seis millones de polacos, cinco millones de alemanes y dos millones de japoneses más seis millones de judíos, no iba a conmovirse con la perspectiva de unos cientos de miles de víctimas asiáticas añadidas. Por ello el 9 de agosto se lanzó una segunda bomba atómica sobre la ciudad de Nagasaki provocando la muerte de otras decenas de miles adicionales.

Hiroshima ha quedado como el símbolo de la bestialidad militarista de la estupidez sin sentido, de la insania destructiva que se apodera de los gobernantes cegados por la obsesión triunfalista y el afán de conquista. Algo similar a lo sucedido recientemente en Irak donde cegada por la ambición petrolera la administración republicana de Bush desencadenó la destrucción de un país, de vidas humanas, de su patrimonio cultural. Pese a sus pregonadas tradiciones democráticas Estados Unidos han procedido de acuerdo a estas normas destructivas en Panamá, Santo Domingo, Cuba, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Afganistán y Palestina. El mayor estado terrorista del mundo sufrió en su propia carne, el once de septiembre, la amarga acometida que ellos tantas veces han aplicado al resto del mundo.